

Dicen que no es cierto, que no es más que una leyenda, una fantasía que unos inventaron y otros difundieron, pero sin verdad, vacía de certeza. Pero no es así. Es incierto que no sea cierto. Sucedió. Hace muchos años, siglos... Pero sucedió. Yo lo sé porque yo soy ella.

Era muy bella, quizás demasiado bella para aquellas gentes y aquellos parajes, bárbaros y bárbaros. Muchos ojos se posaron en mí y quisieron poseerme. Padre hizo lo que cualquier progenitor debía hacer. Concertó mi matrimonio con un hombre, veinte años mayor que yo, de un condado vecino, comerciante y muy rico.

No fui feliz. Tampoco infeliz. Sólo vivía y era cuidada como un trofeo de caza valioso. Mi vida hubiera sido así de vacía, si no lo hubiera conocido a él, Fionn. Proscrito y hereje, maldito y puro. Origen pasado, futuro incierto.

No nos enamoramos. Explotamos. Nos deseamos. Vanamente, sin promesas ni porvenir. Duró poco, o al menos eso creo. No recuerdo. Los muertos no tienen memoria. Sí recuerdo que huimos. Fuimos descubiertos y huimos. Furtivos, lejanos, con lo puesto. Vagamos, sufrimos y casi morimos. Pero juntos. Nuestra huida cesó en la aldea de Xenk, lugar remoto y telúrico, salvaje y perenne.

De nuevo duró poco. Lo recuerdo perfectamente. Mi vida acabó pronto y con ella lo sublime. Una noche –no era tarde-, salí a por leña. Sólo eran unos pasos. La guardábamos en la parte trasera de la pequeña casa que habitábamos. Oí un ruido. Creí que era Isiah, mi perra. Oí un gemido lastimero. Me preocupé. Era Isiah, en lo negro del bosque. No pedí ayuda. Solamente me precipité loca hacia las sombras. Cuando los ruidos se convirtieron en graznidos, vomité. Las tripas revueltas pusieron fin a mi carrera. Y entonces las sombras cayeron sobre mí, hundiendo mi espalda en el crepitar de ramas secas.

La noche lo cubría todo, todo menos mi vergüenza y la sangre de mis heridas. No recuerdo cómo. Y es que los muertos no tienen memoria.

Cuando descubrieron mi cadáver, mis manos estaban agarradas fuertemente al pomo de la puerta maciza de roble de la entrada, en busca de amparo para mí, mi último salvavidas. Mi delgado cuerpo retorcido, con las piernas dobladas en un ángulo imposible; y los grandes ojos llorosos, abiertos, ocultos por la cascada azabache de cabello embarrado. La tez violácea teñida de cardenales. Desnuda, ataviada con mi propia sangre reseca y el luto de los golpes.

La mirada de mi cadáver atravesó la estancia –una taberna, tal vez- y martilleó el silencio que sembró mi aparición. Ni uno solo me miró. Todos reclinaron sus rostros,

como hundiéndolos en la vergüenza, perdiéndose en el abismo de la cobardía. Sólo un grito ahogado, desencajado, escapado de una boca hedionda de alcohol y violencia, anunció mi presencia.

Mi cadáver quedó tendido durante horas en el frío de la noche, en el silencio de la culpabilidad, en la parálisis del miedo. ¿Fue, acaso, la misericordia?, ¿o fueron las náuseas? Mi cuerpo ya había comenzado a desprender una fetidez inmundada.

Unas manos agrias, atlas de un pasado afanoso, me levantaron con brusquedad. Mis miembros yertos se doblaron rotos, en el aire, en una coreografía descoyuntada. Fui llevada –no sé cuánto tiempo pasó- a un lugar infecto, lejano e incómodo, y arrojada descuidadamente.

En aquella penumbra abotargada, recordé. No todo había sido desagradable aquel día. Fionn quería ser padre. Yo hacía tiempo que sentía en mi vientre la vida. Fionn no lo sabía. Aún no se lo podía decir. Éramos unos recién llegados, vacíos de bienes, pero llenos de nosotros. ¡Fionn!, ¡Fionn! Hacía frío. Pero Fionn me encontraría. No estaba sola; otros como yo me rodeaban; algunos desfigurados; otros aún lozanos y suaves, recientes. Creí reconocer a algún vecino, alguna cara de Xenk.

Pasaron las horas e incluso los días. No recuerdo cuánto. Y es que los muertos no tienen memoria. Y Fionn llegó. Me encontró cubierta de escarcha y frío. Lloró sobre mi pecho y acarició mis mejillas violetas y heladas. Con sus propias manos cargó con mi cuerpo y lo llevó a un lugar seguro. Me dio descanso y me quedé sola, sola en la penumbra, sola con la tierra, la humedad y la eternidad. Fionn huyó de Xenk y nadie volvió a tener noticias de él.

La niebla envolvía el pequeño cementerio sin nombre, con lápidas –algunas anónimas- rotas por la soledad y el olvido. Una pesada niebla que se empeñaba en abrazarme. Creo que fueron unos cazadores, o quizás unos jóvenes desprevenidos y furtivos, los que oyeron los ruidos, se asustaron y corrieron en busca de auxilio. Vinieron hombres fornidos y armados que perturbaron mi descanso agrediendo la tierra y mi compañía. Mi lápida era de las más bellas. Unas flores púrpuras brillantes colgaban de ella ocultando mi nombre: Maraclea. Las arrancaron con la fuerza de quien te quiere arrancar de la memoria. Cuando levantaron la tapa carcomida, la luz me cegó durante unos minutos. No estaba sola.

Dicen que no es cierto, pero sí lo es. Me encontraron a mí y a mi bebe recién nacido. Fionn había sido padre.